

Capítulo I

El color negro

Mi abuelo había muerto. No tenía muchos recuerdos de él porque vivíamos lejos. Por mucho que “lejos” sea un concepto relativo, en la decimonónica España de principios de los setenta, la distancia entre los lugares próximos podía medirse en jornadas enteras para quien no dispusiese de un coche; y aun para quien lo tuviera, salir a la carretera se convertía en una aventura no exenta de riesgo, máxime si la cordillera Cantábrica se interpone entre el origen y el destino.

El caso es que mi abuelo acababa de morir y que mi madre había ido hasta el colegio para llevarme a casa. Llegó empapada en lágrimas, vestida del negro riguroso que marcaban las costumbres y sin saltarse ni un ápice el protocolo para tales ocasiones. Habló un momento con mi maestro, Don Remigio, y este hizo que me levantara, recogiera mis cosas y las metiera en la cartera. A mis nueve años aún no cumplidos era un asiduo de los sepelios, de las lágrimas y de los llantos excesivos de las mujeres de negro a los lados de un féretro, mientras los hombres estaban en otra habitación dando buena cuenta del anís y del coñac. Esta vez sería algo parecido, salvo que el cadáver era el de mi abuelo.

Mientras volvía del colegio con mi madre, trataba de ordenar los pocos recuerdos que tenía de mi abuelo, un hombre adusto, serio, severo hasta el extremo, perfectamente enfundado en su traje, como correspondía a su profesión de sastre y en cuyos labios jamás vi una sonrisa. Todo lo contrario; como una lápida cayeron las últimas palabras que me dijo después de algún tipo de travesura que no recuerdo:

—Vuelve por aquí cuando hayas hecho la mili.

De eso hacía casi dos años. Ahora ya no tendría la oportunidad de verme con la mili hecha y sí que volvía, pero era solo para su entierro. El pobre hombre se había ido como consecuencia de un infarto a los setenta y pocos, dormido en su cama, al lado de mi abuela que le sobreviviría muchos años. Abajo, en el taller, las viejas máquinas de coser *Singer*, negras y dorados recién pintados, guardarían silencio para siempre. Pocos recuerdos para un hombre que había nacido en el penúltimo año del siglo XIX y que había vivido la Guerra de África en primera persona.

—¿Yo también tengo que ir de negro? —le pregunté a mi madre.

—No, hijo. Tú no —gimió—. Aún eres muy pequeño.

Mi madre estaba tiñendo toda su ropa de negro. Me explicó que eran cuatro años de luto donde toda la ropa sería negra; luego vendría la época de alivio que duraría otros dos años más; en esa época se permitían los blancos, grises claros y los infinitos tonos del malva. Para alguien que tenía nueve años, cantidades de tiempo como esas solo podían medirse en vidas. Todo estaba estipulado en las inviolables leyes de las costumbres en que cada parentesco con el fallecido llevaba asociado un determinado tiempo de luto y, como quiera que las familias eran muy amplias y la sanidad bastante precaria, raro era el año en que no caía alguien cercano. Así, el negro era el color de la ropa de las mujeres españolas, el negro era el color del país, el negro era el color del futuro y de negro se teñía cada instante de la existencia y cada palmo del suelo patrio.

Los baldes para la ropa exhalaban bocanadas de vapor nacidas del agua negra y caliente. Mi madre la revolvía de vez en cuando y en el momento en que juzgaba que ya estaba bien teñida, la retorció y la colgaba a secar en el tendedero de la terraza.

—Espero que se seque para mañana —decía mientras la colocaba con cuidado sobre las cuerdas.

—¿Para mañana? —pregunté.

—Mañana vamos al entierro —y se echó a llorar.

Alguien habría ido a avisar a mi padre al trabajo porque llegó antes del mediodía en lugar de las ocho de la tarde como era normal. Cuando entró por la puerta tenía el gesto serio. Hablaron un buen rato sobre los preparativos del viaje y sobre la posibilidad de que mi madre se quedase unos días —junto con sus hermanas— a ayudar a mi abuela en lo que fuese..., porque una muerte trae mucho trabajo.

Al final no saldríamos al día siguiente, sino después de comer y no iríamos en el tren sino en taxi porque esa era la única forma de llegar antes de la tarde del día siguiente. Y es que el tren tardaba sus buenas seis horas —como poco— hasta León y desde allí habría que coger un par de “coches de línea” para llegar hasta el pueblo. Imposible llegar antes de las siete o las ocho de la tarde del día siguiente; y eso era inaceptable. Mi padre salió a hablar con el taxista que nos llevaría y mi madre se quedó exprimiendo aún más la ropa para conseguir que secase un poco antes.

Mala noticia para mí. Me gustaban los trenes y me conocía de memoria todas las paradas que había desde Avilés a León, los nombres de los túneles, los tipos de locomotoras, vagones y todas las circunstancias que rodeaban la aventura de viajar en tren en el norte de la España de los setenta. El coche no me gustaba; la carretera era aburrida y aunque se tardaba menos —más solo se podía tardar andando— el hecho de meterme unas horas en un “milquinientos” negro no me seducía lo más mínimo.

¡Cuántos viajes en tren! Normalmente eran para ir de Avilés a Oviedo y volver y, a veces, para sobrepasar el límite de esa estación y adentrarse camino de León. La estación de Oviedo era inmensa, con andenes llenos de viajeros, maletas,

carretillos con mercancías y trenes que se estacionaban en alguna de las infinitas vías paralelas. Más allá de la zona de pasajeros, la playa de vías se extendía con vagones de mercancías, unos cerrados, otros cargados de carbón o de algún mineral y pequeñas locomotoras de color verde con una línea amarilla, sucias de grasa y humo, que se dedicaban lentamente a las maniobras. Detrás, algunos edificios que no desentonaban con el ambiente de mercancías de esa zona de la estación completaban una especie de diorama. La espera podría parecer larga, pero a mí no me cansaba; estaba pegado a la ventanilla para observar todo lo que ocurría, los trenes que llegaban, los que se iban, las evoluciones de las composiciones de mercancías... hasta que el sonido de los altavoces de la estación anunciaba la salida de mi tren.

El silbido del jefe de estación, un pequeño golpe para arrancar y el tren ya estaba en marcha. Oviedo se quedaba atrás... El momento en el que el tren superaba esa estación y se adentraba en un túnel negro era siempre un instante mágico en el que la casa donde vivía, mi colegio y mi ciudad se desvanecían como si perteneciesen a otro mundo. Al salir de aquel túnel me sentía, de alguna manera, libre.